



Vol. 14 No. 2

Junio de 2011

SIGNIFICACIONES IMAGINARIAS ESPERANZADORAS PRESENTES EN LA MIGRACIÓN DE TRABAJADORES A ESTADOS UNIDOS

María de Lourdes Jacobo Albarrán¹
Facultad de Estudios Superiores Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

La migración de trabajadores a Estados Unidos es un fenómeno que va en aumento, el cual, sin duda, refleja el deterioro económico que sufre de manera permanente nuestro país. Los jóvenes tienen pocas oportunidades de empleo o reciben bajos salarios, en otras ocasiones la migración se ha instituido como forma de vida, disponiendo una peculiar tradición de la que es difícil sustraerse. Hombres y mujeres salen de sus comunidades y barrios en busca de una "vida mejor". La migración de trabajadores a Estados Unidos configura prácticas sociales de diversa índole que hacen que el psicólogo social se cuestione acerca de las transformaciones que sufren las personas, las familias, la salud y las relaciones sociales y comunitarias. En este trabajo exploramos, desde la psicología social, cómo los trabajadores indocumentados se enfrentan a los peligros implicados en el cruce de la frontera norte, entre ellos la muerte. Para superar estas vicisitudes, invisten el viaje migratorio de una serie de significaciones imaginarias que les permiten soportar el dolor, el sufrimiento, y aun la posibilidad de muerte. Se trata de elaboraciones subjetivas de naturaleza imaginaria, que alimentan la construcción de núcleos colectivos de sentido que permiten que el exilio transite del sufrimiento a la esperanza. Desde la aproximación teórica sobre lo imaginario de C. Castoriadis y

¹ Profesora Asociada de tiempo completo en la FES Iztacala

una estrategia metodológica cualitativa, se realizaron veinte entrevistas a profundidad a migrantes y sus familias, así como visitas cortas a siete comunidades del estado de Guanajuato con tradición migratoria. Se grabaron y transcribieron dichas entrevistas, y se elaboró un texto en el que se propone una interpretación donde se advierte la fortaleza de lo imaginario en la configuración de una narrativa que cuenta la migración desde sus protagonistas.

Palabras clave: migración, significación imaginaria, lo sagrado, instituyente, subjetividad.

HOPEFUL IMAGINARY SIGNIFICATION PRESENT IN THE MIGRATION OF WORKERS TO UNITED STATES

ABSTRACT

The worker's migration to United States is a growing phenomenon, that doubtless shows the economic damage that our country suffers enduringly. The young people hasn't job opportunities or receives poor wages, other times the migration has been established as a way of life, which lays out a single tradition that makes difficult withdraw from it. Men and women leave their communities and neighborhoods seeking for a better life. The workers migration to United States shapes several kinds of social practices which ask the social psychologists about the changes experimented by the subject, the family, the health and the social and community relationships. On this text we explore, from the field of the social psychology, the way that the workers overcome the risks implicated in the crossing of the north border, including the death. To endure these incidents, the migratory journey of the workers is endowed with a set of imaginary meanings that allows support the pain, the suffering, even the death. These meanings are subjective elaborations from imaginary nature, and encourage the building of collective cores of sense that let the exile changes from suffering into hope. Based on the theoretical proposal of C. Castoriadis about the imaginary and a qualitative methodology, we did twenty deep interviews to migrants and their families, along with short visits to seven communities of Guanajuato, a Mexican state with migratory tradition. These interviews were recorded and transcribed, and we wrote a text with a proposal and an interpretation that highlights the strength of the imaginary in the configuration of a narrative that tells the migration from its protagonists.

Key words: migration, imaginary meaning, founding, the sacred, subject.

INTRODUCCIÓN

La migración de trabajadores mexicanos a Estados Unidos es un tema ampliamente estudiado por investigadores de las ciencias sociales; en ese sentido, se han examinado muy puntualmente algunas variables presentes en este fenómeno social, tales como: lo económico (Garavito, y Torres, 2004), los lugares de expulsión y recepción, la historia de la migración mexicana (Durand, 1991; Durand, 2007; Durand y Massey, 2004), o la correlación entre Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida y migración (Xibillé, Leyva, Caballero, Guerrero, Cuadra, y Brnfmán, 2004). Sin embargo, el aspecto subjetivo es una noción que comparativamente no ha sido abordada con la misma frecuencia, a pesar de que es un área propia para el abordaje de la psicología social.

El viaje migratorio introduce en la vida de los migrantes y sus familias la experiencia de la separación prolongada; con ella, la nostalgia y la melancolía. Los referentes existenciales sufren, entonces, un desdibujamiento que demanda una operación de apuntalamiento en nuevas significaciones imaginarias.

Viajar a Estados Unidos en busca de una vida mejor constituye el proyecto de vida por excelencia de muchos mexicanos nativos de nuestras comunidades rurales y urbanas. Según la encuesta *American Community Survey* (CPS), se estima que ha ido en aumento la población nacida en México que viven en Estados Unidos; se incrementó de 8,494 millones en 2001 a 11,132 millones en 2006 (Corona y Turain, 2008). El estado de Guanajuato es un ejemplo típico de un estado expulsor, con una vieja tradición migratoria que data de la época del programa bracero.

La migración, en tanto fenómeno social, supone para el migrante un cúmulo de experiencias nuevas que modifican radicalmente su percepción del mundo. Al entrar en contacto con otras formas de vida, el trabajo, el amor, la familia y la tierra natal sufren transformaciones de sentido. El viaje migratorio indocumentado y sus vicisitudes procuran una serie de resignificaciones donde el universo existencial del migrante y sus comunidades experimenta una dilatación imaginaria y

simbólica, no exenta de violencia, para dar coherencia e inteligibilidad a las modificaciones de su vida procuradas por las prácticas migratorias.

Los múltiples procesos de asignación de sentidos, que articulados con la recuperación subjetiva que el migrante hace de su experiencia, terminan por instituir un universo imaginario y simbólico al amparo del cual el viaje migratorio cobra una significación que trasciende lo meramente fáctico y económico.

En este trabajo nos proponemos reflexionar sobre los aspectos instituyentes de la migración. ¿Cómo, a nivel de la subjetividad, enfrentan la separación y la ausencia? ¿Cómo dotan de sentido a lo indecible de la migración, como la muerte, la desaparición y el sufrimiento? Con el objetivo de explorar algunas de las significaciones imaginarias que se juegan en la migración, se llevó a cabo una investigación en el estado de Guanajuato en la que se empleó una estrategia metodológica cualitativa y se privilegio el discurso de los migrantes, familiares y amigos, por medio de un ejercicio dialógico las narraciones de nuestros entrevistados proporcionaron elementos para arriesgar una interpretación en la que proponemos considerar a la migración como un espacio imaginario de tensión entre significaciones instituidas e instituyentes. Para ello, recuperamos la noción de significaciones imaginarias sociales de Cornelius Castoriadis y la propuesta de Francois Laplantine sobre la imaginación colectiva. Ambos autores coinciden en la importancia de lo simbólico en la creación del mundo, el mundo que el hombre ha creado por acción de lo imaginario, lo simbólico como expresión de lo imaginario que ilumina y da existencia a todo cuanto nos rodea.

Para comprender algunos de los rasgos esenciales de lo que hemos denominado lo sagrado, noción que nos permite ubicarnos en la matriz de sentido que se ha venido configurando alrededor del fenómeno migratorio que nos ocupa, se hace necesario analizar algunas de sus características que se incorporan a la disposición religiosa no eclesiástica presente en los movimientos sociales donde se construye una *esperanza* para dar sustento a la búsqueda de la *tierra prometida*, figuras imaginarias centrales de todo movimiento social que responde, de ese modo, a sus condiciones miserables de existencia.

Laplantine (1977) proporciona valiosas líneas de reflexión para acercarse a las formas de esperanza construidas por los pueblos marginados y colonizados de África, las cuales posteriormente intentaremos recuperar en la comprensión de algunas de las significaciones imaginarias sociales presentes en la migración. Nuestro autor hace el recuento de algunos procesos emancipatorios de pueblos oprimidos que se oponen a su destino apelando a lo divino. Son rebeliones sociales investidas de un carácter religioso donde lo sagrado sirve de marco para la construcción de una esperanza colectiva.

Del análisis de estas expresiones Laplantine concluye que responden en lo imaginario a las condiciones de miseria y explotación a las que se vieron reducidos los pueblos colonizados. Se trata de auténticas operaciones de resignificación simbólica del presente que permiten pensar otro mundo mejor, construir imaginariamente un futuro donde el sufrimiento obtiene una esperanza de salvación espiritual y material.

Cuando ninguna verdad se encuentra, cuando no hay alternativas y los referentes institucionales se derrumban, los hombres construyen “otro tiempo” y “otro espacio” mediante una ruptura imaginaria de lo cotidiano, donde lo profano es elevando a lo sagrado. Operación que bajo una forma mágico-religiosa, invoca un mundo distinto, unas “mejores condiciones de vida”. Fuga imaginaria que se revela necesaria para enfrentarse a las desdichas del mundo. De no hacerlo la aniquilación sería total.

Las figuras de ese retorno a lo religioso analizadas por nuestro autor son: la esperanza mesiánica, la posesión y la utopía. Algunos rasgos esenciales de estas manifestaciones del retorno a lo sagrado se encuentran presentes (al menos en forma derivada y encubierta) en múltiples prácticas sociales que, sin pertenecer al dominio propiamente religioso, se encuentran atravesadas por fuertes sentimientos de religiosidad. No podría ser de otro modo, puesto que sólo analíticamente es posible separar los terrenos de lo sagrado y lo profano. Es cierto, ambos comportan rasgos de singularidad y temporalidad específicas, pero la vida efectiva de los hombres es un constante tránsito de uno a otro dominio, configurando así zonas donde es difícil señalar demarcaciones precisas.

En esta perspectiva no sólo asistimos a un retorno de lo religioso sino también a un *presentismo de lo sagrado* que abraza, nos guste o no, toda manifestación de lo humano hasta el momento.

Significaciones imaginarias esperanzadoras de la migración

Desde nuestra perspectiva el comportamiento humano no son ejecuciones vacías de sentido. Por el contrario existe un denso entramado imaginario simbólico desde dónde se significa la más mínima de las acciones humanas.

Ahora bien, ¿qué sostiene el peregrinaje de los migrantes? Sin duda lo material juega un papel fundamental, sin embargo, no es lo único. El significado de la migración no se agota en su dimensión económica ni en la funcionalidad social que cumple, se ve acompañada además de una serie de significaciones imaginarias distintas de lo económico, de otro modo no se entendería por qué sufren, trabajan y ahorran para otros.

Como en algunos movimientos sociales donde se hacen acompañar de elementos de lo sagrado, en la migración de trabajadores mexicanos a Estados Unidos también se presenta una dimensión sagrada; sin embargo, asume una forma no eclesiástica donde las figuras de la esperanza y la tierra prometida se entrecruzan imaginariamente para dar paso a un proyecto utópico con rasgos muy singulares.

El contexto social en el cual surge el fenómeno migratorio en nuestro país se caracteriza por el abandono económico del campo, salarios infames que no alcanzan para cubrir las necesidades más elementales, un sistema político donde los trabajadores son marginados de los asuntos públicos, una herencia cultural marcada con el signo del sometimiento, bajísimos niveles educativos y un analfabetismo vergonzoso. Condiciones agudizadas por la salvaje globalización de la economía capitalista que terminan por dibujar un horizonte sin porvenir para amplias capas de trabajadores mexicanos. Para miles de ellos la migración al norte ha sido la única salida.

El viaje migratorio, al figurarse como proyecto para lograr *mejores condiciones de vida que aquí* viajando a Estados Unidos, comparte de alguna forma al menos tres rasgos con aquellas ritualidades religiosas estudiadas por Laplantine (mesianismo, posesión y utopía): primero, es un proyecto que responde a las condiciones de miseria y explotación conocidas por los migrantes en sus comunidades de origen, las más pobres y marginadas de México.

Segundo, representa una búsqueda de mejores condiciones de vida para, de algún modo, invertir la situación material de la sociedad. Aunque a diferencia de algunos movimientos proféticos y mesiánicos, no intentan lograrlo a través de una militancia políticamente organizada, lo cual no implica, por otro lado, un desistimiento de lo político, tal como hemos visto en las grandes movilizaciones reivindicativas de los migrantes en Estados Unidos para enfrentar la Ley Sensenbrenner.

Tercero, en la medida que la vida cotidiana se percibe como árido terreno donde no crecen ni las ilusiones, se emprende el viaje a una tierra prometida para arrancarle los frutos que aquí le son negados.

En esta perspectiva, la migración se encuentra entonces investida de un manto de sacralidad, aunque nunca asuma formalmente ni la mitología ni la ritualidad propias de lo religioso institucionalizado; no por ello, sin embargo, deja de ser percibida e interpretada desde cierta sensibilidad sagrada.

A diferencia de los movimientos estrictamente religiosos, donde la tierra prometida se piensa como el paraíso perdido y la esperanza siempre mira hacia delante –o hacia atrás– para rechazar el presente, el viaje migratorio imaginariamente configura un despliegue dual de la esperanza y la tierra prometida. En un primer momento permite trazar un anhelo liberador de las condiciones de existencia miserable, proyectando en la bonanza material del Norte la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida. La “tierra prometida” está allá, del otro lado de la frontera. La esperanza se articula así a un sueño utópico. No traza, con todo, una utopía propiamente dicha. Los migrantes no sueñan con trasladarse para siempre a un lugar no localizable, por el contrario, anhelan llegar

a Estados Unidos para realizar su propia “utopía” aquí y ahora en sus comunidades de origen.

La esperanza de una vida mejor

Los mexicanos que viajan a los Estados Unidos con la intención de trabajar están dispuestos a enfrentar los peligros que representa el cruce fronterizo, saben que los Estados Unidos es un lugar dónde se puede trabajar para después *retornar* con medios para mejorar la vida y fracturar así el infortunio del que salen. En ese sentido, el proyecto migratorio se ampara en una esperanza imaginada, con una localización bien definida en el tiempo y el espacio.

Una vez iniciado el viaje, y estando ya en suelo norteamericano, adviene un segundo momento del despliegue de la esperanza. Ahora se sueña con volver a la tierra de origen transustanciada por la nostalgia del retorno. Ahora la “tierra prometida” está aquí, en el suelo natal. De este modo, el migrante imaginariamente se encuentra crucificado en medio de dos nostalgias y expuesto a las tentaciones y fantasmas que amenazan con hacerlo fracasar. La tierra prometida es tierra rodeada de desiertos.

Dialéctica de melancolías que va dibujando un campo flotante y tensionado de significaciones donde las renunciaciones y abandonos compartidos son auténticas marcas emocionales de un proyecto utópico escenificado con instrumentos simbólicos que evocan una cierta sacralidad en el viaje migratorio. Acompañada siempre, por otro lado, por la fe católica de los que caminan al norte. El migrante es así un ser profundamente religioso por partida doble.

Los relatos confiados por nuestros entrevistados representan la narrativa de un exilio dicho desde lo religioso y lo sagrado. Sin embargo, no afirmamos una analogía simple entre la experiencia migratoria y el éxodo mesiánico propio de los relatos míticos de las grandes religiones. A pesar de ello, sí advertimos evocaciones sagradas en todas las significaciones imaginarias que la conforman.

El migrante en su búsqueda de mejores condiciones de vida también intenta, en cierto modo, reestablecer imaginariamente el sentido perdido de su mundo por efecto de la miseria económico–material de sus comunidades de origen.

De este modo podemos aventurar que la travesía migratoria no responde únicamente a la búsqueda de trabajo y dinero, supone además la necesidad de inscribirse en un orden de significación para otorgarle sentido a su existencia por medio de la esperanza.

Claramente advertimos entonces que la significación se encuentra en el centro de la coherencia del hacer y decir–representar humanos. El sentido, se organiza en y por los universos simbólicos –y sus objetos– dispuestos por la sociedad. Pero éstos no son sino el vehículo a través del cual lo imaginario se hace visible a los hombres, sea conciente o inconscientemente (Castoriadis, 1983). Por eso nuestros entrevistados no hablan de una búsqueda del sentido, pero a pesar de todo nos lo refieren ampliamente.

Tanto Castoriadis (*op cit*) como Laplantine (*op cit*) coinciden en señalar que lo simbólico es el modo de darse del mundo y la sociedad. Así, el nicho de advenimiento del hombre –el mundo– es de naturaleza simbólica. Para ambos el símbolo, y en consecuencia el sentido, es inagotable en la medida que el símbolo siempre es desbordado por aquello que intenta simbolizar. A través del examen del carácter simbólico del mito, Laplantine muestra cómo la actividad imaginaria articulada en lo simbólico opera un renovado proceso de fabricación del mundo, muestra cómo el rasgo esencial del mito consiste en una incesante distorsión de lo real, en un movimiento violento de separación entre lo vivido y lo pensado.

A través de la imaginación social el hombre se traza caminos y formas de reinención del sentido del mundo, operación de simbolización de lo real que le permite seguir viviendo con coherencia existencial. Al fundar imaginariamente el mundo el hombre se reinventa a sí mismo cada vez que *instituye* la sociedad como esa sociedad. De lo sagrado, Laplantine hace un señalamiento esencial que nos permitirá ir delineando el tamiz religioso que advertimos en ciertas significaciones imaginarias sociales presentes en el fenómeno migratorio:

“La forma considerada religiosa y, particularmente, eclesiástica, a la que lo sagrado ha revestido en el curso de los tiempos, no es más que *una* de las traducciones posibles de lo sagrado, que también es capaz de expresarse en una infinidad de lenguajes, como el económico (...) el político o (...) el sexual” (*op cit*: 70).

Luego entonces, *lo sagrado representa una auténtica matriz de sentido donde lo religioso es solamente una de sus representaciones posibles*. Es una significación imaginaria central gracias a la cual diversas manifestaciones del hacer y decir representar humanos pueden asumir un carácter simbólicamente sagrado, o lo que viene a ser lo mismo, una significación central que procura sedimentaciones simbólicas o significaciones imaginarias segundas susceptibles de expresarse en múltiples formas para sacralizar incluso ciertas disposiciones afectivas de los hombres. Por eso Roger Caillois afirma que: “lo sagrado aparece como una categoría de la *sensibilidad*” (Caillois, 1996:12, cursivas del autor).

Más aún, nos dice Mircea Eliade (1998) que incluso el hombre arreligioso prohijado por la modernidad es, sin saberlo, profundamente religioso, porque es heredero, en su hechura, del hombre religioso, no importa —en este contexto— que su religiosidad revista características seculares:

“La mayoría de los hombres <sin religión> se siguen comportando religiosamente sin saberlo. No sólo se trata de la masa de <supersticiones> o de <tabúes> del hombre moderno, que en su totalidad tienen una estructura o un origen mágico religioso. Hay más: el hombre moderno que se siente y pretende ser arreligioso dispone aún de toda una mitología camuflada de numerosos ritualismos degradados” (Eliade, *op cit*: 12, cursivas del autor).

Con base en todas las consideraciones precedentes, podemos proponer ahora que el viaje migratorio va disponiendo un espacio de creación de significaciones imaginarias sociales de evocación sagrada. El cual, aun cuando no tome puntualmente expresiones religiosas, éstas no se encuentren ausentes. Así

el migrante asume la travesía migratoria sin saberlo (vale decir, también inconscientemente) como un peregrinaje sagrado en busca de la tierra prometida.

A continuación expondremos algunos fragmentos de las entrevistas realizadas a migrantes y sus familias en la perspectiva de mostrar el discurso de los protagonistas y la interpretación que proponemos al respecto:

¿Le gustaría que sus hermanos se fueran al norte?

Y anda uno de dieciséis que ya se quiere ir. Es más yo no se lo deseo a nadie que vaya ni a los de mi casa ni a la gente tampoco, porque yo sé. Es que hay gente fuerte que puede, puede y puede, y hay gente que no. Es como el que va a San Juan de los Lagos, se van y a medio camino yo, yo, yo y son los que llegan, pero si va con uno con que yo ya no, se le pega y vámonos pa' atrás, es lo mismo.

¿Es como una peregrinación?

¡Pero escondidos! (Trinidad, 28 años, San Francisco del Rincón).

En este contexto, el relato de la migración que seguimos a lo largo de nuestro trabajo lo hemos interpretado como una textualidad donde se dibuja o escenifica una cierta *dimensión sagrada* de orden simbólico e imaginario. Representa la *institución* de una matriz significativa desde la cual se reconfigura, a partir de la esperanza, el sentido del mundo vital del migrante.

No es, sin embargo, un espacio exclusivo del campo de lo sagrado –en sentido religioso– o del terreno profano, espacios que según Caillois (*op cit*) no pueden, sino a través de severas reglamentaciones rituales, “tocarse” entre sí. *Representa más bien un campo donde ambos dominios se traslapan* sin que, por otro lado, tenga en sí mismo bordes precisos.

En la migración un mismo acto, aún el más puntualmente económico o material, es a la vez sagrado y profano. Por eso los dólares son algo más que dinero. Esto es, la *dimensión sagrada* figurada imaginaria y simbólicamente en el fenómeno migratorio representa el campo de tensión entre significaciones

instituidas e instituyentes, donde la sacralización de las vicisitudes del viaje migratorio tiende puentes entre lo sagrado y lo profano.

Abordaremos ahora brevemente algunos aspectos de esa matriz de sentido que aludimos con el nombre de “dimensión sagrada”. El viaje migratorio (documentado o indocumentado) aparece en el horizonte de miles de trabajadores de nuestro país como una suerte de misión. Es el caso de muchos jóvenes, padres de familia, hombres y mujeres nativos de las comunidades de Guanajuato, a ellos la migración se les impone mucho antes de tomar la decisión de viajar al norte:

¿No viene el señor y le pide cuentas?

No, eso sí tiene, que no me hace cuentas, ni en qué lo gastaste ni qué hiciste, ni nada. Pero eso sí me dice: “ya deja al niño que haga”. Nomás tengo mi puro niño, “ya deja al niño que haga él pa’ cuando esté grande, pa’ que sepa cómo se hace una casa”. Bueno ahorita tengo tabique allá arriba porque quiero hacer allá arriba, pero él me dice que ¡no! que me espere. Porque le digo que tengo las niñas en la secundaria ¿no le platique? Y dice la niña que va a estudiar y le digo: “hay tres centavitos por si quieres estudiar, siquiera que te sirvan pa’ tus libros, a ver para qué”, pero él dice que ¡no! que los deje a los niños que hagan arriba. (Patrocinia, 46 años, Duarte).

La familia de nuestra entrevistada ha experimentado la separación del padre, hombre responsable y querido por su esposa e hijos. En su última tentativa de pasar la frontera le fue imposible, la *Border Patrol* lo regresó en dos ocasiones, finalmente decidió regresar. Cuando lo entrevistamos nos dijo que tiene mil quinientos dólares allá en Estados Unidos (con su tío) para pagarle al *coyote* cuando intente otra vez el cruce, aunque estima que su edad y las condiciones tan difíciles en la frontera tal vez ya no se lo permitan.

Por eso su esposa le dice que sería mejor mandar pedir ese dinero para utilizarlo aquí, sin embargo, él le responde diciendo que está pensando en:

“dejarlo allá para cuando el niño crezca cuando menos ya tenga para pagar el coyote”.

La experiencia de esta familia revela claramente cómo la migración, lejos de ser una decisión individual, es en realidad un proyecto colectivo impuesto a través de la violencia del ejemplo y las coacciones sociales y culturales de la comunidad.

La Migración a Estados Unidos un Proyecto Mesiánico

Siguiendo cuidadosamente el relato de los trabajadores y sus familias hemos podido advertir una serie de significaciones que nos ha hecho pensar en la existencia de un proyecto en el cual se deslizan a un llamado mesiánico de salvación.

El llamado, sin embargo, existe. ¿Un llamado a qué?, a conseguir “mejores condiciones de vida”. Búsqueda que termina delineando imaginariamente un *proyecto utópico* fundado en la esperanza de una vida mejor. Pero, y aquí nuevamente saltan las diferencias con los peregrinajes religiosos, el anhelo de llegar a una *tierra prometida* no implica el abandono del lugar de origen.

La tierra prometida, hemos dicho, conoce un desdoblamiento donde Estados Unidos y las comunidades de los migrantes representan sus dos extremos. Se viaja para retornar y reconfigurar el pueblo natal, considerado por ellos como el mejor lugar del mundo, un lugar sagrado.

Ahora bien, como sucede en los peregrinajes religiosos donde se siguen las huellas de Dios, también en la migración se conoce una travesía que dibuja desde lo imaginario un exilio sufriente, sacrificial, lleno de peligros y tentaciones que se deben vencer en el desierto, y aquí la metáfora se vuelve dramáticamente terrenal. Es el costo aceptado, que están dispuestos a pagar los migrantes para hacer posible su misión salvadora para ellos y sus familias. En la migración no hay un Mesías visible, en su lugar, todo el proyecto alcanza tintes mesiánicos. La travesía migratoria adquiere de este modo una naturaleza redentora, hay que emigrar para salvar y redimir a los otros, no importa que en el intento se corra el riesgo de perderse en la oscuridad de las tentaciones. Al final siempre está la esperanza, la redención del sufrimiento.

¿Cuando cruzan el desierto caminan dos o tres horas?

¡No hombre! no, una vez entramos el lunes en la noche y compramos lonche y ya para el miércoles no llevábamos nada, ni agua ni nada. Caminamos hasta el viernes, el sábado estábamos allá en un pueblito del otro lado, fueron días, no llevábamos agua y llegamos a un charco ahí de donde tomaban los animales ¡híjole! hasta me da escalofrío de cuando iba uno para allá. Por ese lado nos fue mal, llegamos ahí a una huerta de naranjas, estábamos comiendo puras naranjas porque en realidad teníamos hambre, después sufrimos otro ratillo ¡pero llegamos allá! (Alberto, La Sandía).

Es, como en todo peregrinaje religioso, un llamado a superar las *pruebas* para acceder a la felicidad. Sin duda se trata de peregrinaje sagrado.

Si en el exilio religioso existe el anhelo de la tierra prometida, una nostalgia por el edén perdido, en la migración hay una nostalgia agonística por el retorno, siempre se sueña con volver al lugar donde habitan los recuerdos de la infancia y se escuchan las voces de los muertos.

Muchos de nuestros entrevistados se muestran orgullosos de la transformación material de sus comunidades gracias al envío de remesas de dólares, nos hablan de la satisfacción sentida por hacer cada vez una mejor fiesta a *La Santa Cruz* o *La Virgen de la Luz*. Logros que también se significan imaginariamente como testimonio materializado del sufrimiento, del dolor y, en algunos casos, de la muerte implicados el viaje migratorio.

La esperanza realizada a través del mejoramiento o construcción de la casa, el alimento y el vestido ha tenido un costo que va más allá de las largas jornadas de trabajo en Estados Unidos. Representan el alimento *bueno* porque es producto del sacrificio y la abstinencia.

¿En su momento usted ayudó a sus hermanos?

En el momento cuando yo pude yo ayude a mis hermanos, sobrinos, no tienen nada que decir, este yo los ayude con lo que pude. Ah claro

no pude ayudarles más, con lo que uno puede. De lo que usted me decía de la comunidad que si mucha gente, es como le digo, no es que yo lo diga, se ve. A usted yo creo que orita va entrar a la comunidad y usted misma va a notar la diferencia. Yo me arriesgue a valor, dije: Bueno, para que quiero dinero, yo el dinero los trae uno, al rato me muero y qué, mejor hay que invertir. Ahí está invertido el dinero y puro dinero del Norte. (Francisco, 35 años, Duarte).

En la tierra del dólar los migrantes enfrentan las tentaciones de la droga, el vicio, la parranda o el desenfreno sexual y sólo aquellos que se abstienen y vencen la tentación logran el éxito. Huir del pecado para realizar el proyecto mesianico únicamente es posible asumiendo formas de actuar y de pensar que evocan el destino trágico de los héroes. Hay que sufrir y ahorrar para mandar dinero a la familia.

Pero el ahorro se logra con sacrificios, llevando una vida ascética. Por eso el dinero que mandan es dinero *santo*, porque redime la culpa del abandono obligado de la madre, la esposa o los hijos y envuelve con aromas de sacralidad las *obras*. No hay que desperdiciar aquí el dinero ganado allá con tanto sacrificio.

¿Vale la pena?

Vale la pena para el que sabe aprovechar allá (...) allá es diferente aquí (...) allá andaba en la perdición, en las drogas, el vicio, en las drogas, la gente anda en malos pasos, llegaban bien y luego dos tres meses y ya los miraba uno en la perdición, en la droga, en el vicio, ya luego los veías salir de (...) esos chavos no eran así, no tomaban cerveza, ni cigarro y ahora que andan asaltando mariguana y todo, se juntan con malas amistades, las amistades negativas son las que los echan a perder. Pus como en todo, el que la sabe hacer, la hace (Leobardo, 20 años, La Sandía).

Así, el sufrimiento conoce dos escenarios unidos en la sincronía dolorosa de la separación. En Estados Unidos los exiliados sufren, se humillan y trabajan largas jornadas, en México las madres lloran la ausencia de los hijos y los hijos lloran la ausencia de los padres. La migración es, en consecuencia, un proyecto desplegado en medio de un campo lleno de sufrimiento, tragedia y heroicidad, de los que se van y de los que se quedan.

Estas significaciones imaginarias de la dimensión sagrada desde la cual se reconfigura el sentido económico del proyecto migratorio junto con sus expresiones simbólicas, se articulan a otras ritualidades sociales y religiosas. La tesitura simbólica del universo vital del migrante se dilata, de este modo, por efecto de la *institución* imaginaria de la migración.

Así, por ejemplo, no basta lograr el éxito, hay que mostrarlo, hacerlo evidente a los demás. Por eso la casa, la ropa o el terreno además de ser una forma de acumulación material son también una representación simbólica de su probidad moral, de cómo los migrantes –cual héroes– han derrotado la tentación y cumplidos *los trabajos* en suelo norteamericano.

Si como hemos dicho, el viaje migratorio está lleno de peligros, entonces los dólares y sus efectos sobre el bienestar de las familias ponen en evidencia la nobleza de los retornados. La transformación urbana de sus comunidades y el mejoramiento de sus condiciones de vida son testimonio que hablan simbólicamente de *la derrota de la tentación*, escenifican la *realización* del proyecto:

¿Qué pasa con los que no van al norte?

Hicimos un reportaje acerca de esto también, yo los llevé pa' una colonia de gente que nunca ha ido al norte y se ve la diferencia de la vida de esa gente y los que van al norte, o sea, ¡hasta en los niños nota usted la diferencia! (Juan 52 años Duarte).

Volver a la Patria o el retorno de los ausentes

Con todo, los instrumentos simbólicos de la migración no se agotan en el dinero o los bienes materiales. Por ejemplo, las celebraciones religiosas se modifican y surgen otras simbolicidades, ahora la *Semana Santa* no sólo recuerda la pasión de Cristo, también convoca el regreso de los ausentes, se crea una temporalidad simbólica donde lo sagrado y lo profano se confunden para instituir nuevos objetos y ritualidades a través de las cuales las significaciones imaginarias de la dimensión sagrada toman cuerpo. El veinticuatro de diciembre conmemora en nacimiento del hijo de Dios, pero también abre el espacio para *la fiesta del retorno*.

La *fiesta* es transustanciada para ir configurando una memoria colectiva del regreso. La espera se termina, la reunión se consagra y se dilapidan los dólares. Se opera una sacralización de viaje migratorio actualizando el llamado, la utopía se hace vigente.

Los cuerpos también sirven de instrumento simbólico para el habla de la migración. Las gruesas cadenas de oro en cuellos y manos así como el sombrero y las botas de piel de víbora son emblemas para simbolizar el éxito migratorio.

Los que no estrenan o no cooperan para la fiesta son los que no lograron cumplir el proyecto, los fracasados o caídos en tentación. Ellos posponen el regreso y continúan sufriendo para ahorrar y mandar dólares. Un regreso sin éxito carece de sentido.

Como cuando yo no estaba casado venía para acá, me traía mi dinero y como aquí me iba a pasear el domingo lo gastaba porque lo traía ¿verdad? y los amigos los que no iban, veían como vivía yo cuando venia de allá para acá, con buena *troca* y eso.

Ellos toda su vida no pueden comprar una, o sea les dan ganas de ir para allá porque usted sabe cuando uno está joven y quiere buscar novia quiere traer una buena *troca*, bien vestido y dinero para gastar. Es la ilusión yo creo de todos y aquí nunca lo va a lograr uno (José, 28 años, Manuel Doblado).

Una Utopía Terrenal: Como mi Duarte querido no hay dos

Desde la dimensión sagrada los migrantes han conformado un proyecto utópico muy singular donde es posible percibir evocaciones de tipo religioso, el cual al mismo tiempo hunde sus raíces en lo más profano de la vida terrenal.

Desde esta óptica podemos conjeturar que la travesía migratoria representa una suerte de peregrinaje simbólico a la luz del cual cobran un nuevo sentido el martirio y el sufrimiento implicados en la migración.

Hay que trabajar en Estados Unidos y guardar el dinero y traerlo para acá y no gastarlo allá porque allá es peso por peso. Allá no rinde, donde rinde es aquí y tratar de pensar más que nada en la familia, porque en Estados Unidos es nada más un sueño, aquí es donde debe de buscar uno el porvenir de uno, Estados Unidos es un sueño, no debe quitarse uno de que cada año estar yendo y viniendo ¿no? (Francisco, 35 años, Duarte).

En este contexto, conviene destacar, en relación con la migración mexicana, la importancia del proyecto utópico en la medida que apunta también (más allá de los anhelos individuales) a la formación de una sociedad diferente, tal como se advierte en el trastocamiento de las prácticas sociales y formas culturales en las comunidades de origen de los migrantes. Por ejemplo en la construcción de las viviendas gracias a los dólares. La casa es casa–habitación, pero también algo más. Ese *algo más* es el costo espiritual de los ladrillos.

“Levantar los cuartos” o “tender una barda” es además de procesos de construcción urbana o fuentes de trabajo para los albañiles locales, manifestación simbólica del sufrimiento, monumentos que dan testimonio de que allá los otros trabajan y son buenos.

El ascetismo y sufrimiento permiten una operación de reconfiguración del significado del dinero y los bienes materiales. La casa edifica la vivienda, pero también santifica el lugar de origen. Una vez construida, no es posible abandonarla, hacerlo supondría vaciar de sentido el peregrinaje realizado, desestimar el sacrificio de los otros, en pocas palabras, escupir al cielo:

¿Ya que regresó, no ha pensado en irse a vivir a León o Silao?

Bueno, mire, yo le voy a ser sincero, yo mis piensos cuando me vine para acá de Estados Unidos, mis piensos eran irme a vivir, irme a comprar yo una casa aquí en Tlaxcala, porque mi esposa es del estado de Tlaxcala, ahí me vendían una casa muy bonita, inclusive la traíamos en trato pero como yo ya tenía, vamos a decir, una inversión aquí que había hecho yo cuando estaba mi mamá, entonces yo pensé más cómo iba a dejar todo esto, el sacrificio que yo había hecho, yo me puse a pensar: cómo me voy ir y dejar esto, entonces lo que hice mejor voy hacer, me armé de valor y me quedé (Celso, 40 años, Purísima de Bustos).

De este modo, paulatinamente se han ido transformando las fisonomías de las comunidades expulsoras de migrantes del estado de Guanajuato, dando paso a las grandes construcciones que imitan el estilo californiano pero que son significadas singular y colectivamente de un modo muy especial. Las modificaciones materiales del lugar de origen representan una suerte de refundación espiritual del mundo, no es posible abandonarlo ya sin grandes sufrimientos emocionales y espirituales, simplemente es algo totalmente ausente en la subjetividad de los migrantes. Abandonar la tierra natal sería una suerte de pecado. Por eso se equivocan los que pretenden comprar la tierra, pues ésta representa simbólicamente el suelo donde se ha construido de nuevo la utopía, donde ahora, gracias a la migración, el lugar de origen es otro, es un lugar sagrado para recomenzar la vida:

¿Qué es para usted Victoria de Cortazar?

Para mi es el pueblo más hermosos de Guanajuato, tengo la fortuna de tener aquí tal vez unos doce años, porque como estaba estudiando y después estuve trabajando en Guerrero, hasta el ochenta y ocho me vine a vivir aquí a Victoria de Cortazar, yo siempre le digo a la gente de aquí de Victoria, no les voy a mentir, pero no hay persona que venga de

fuera que no le diga ¡qué bonito es mi pueblo! y eso a mí me, que me siento ya de Victoria, me llena de orgullo y lo trasmito a los habitantes de Victoria, que son una gente muy maravillosa, muy hospitalaria y muy muy buenas personas (Dra. Lidia, 45 años, Victoria de Cortazar).

Pero la migración mexicana, a diferencia de los proyectos utópicos mesiánico–religiosos, es una travesía con retorno. Se van para regresar a la tierra natal, la nueva tierra prometida.

¿Cuánto tiempo está aquí?

Más o menos quince días, en diciembre vengo más tiempo. Se imagina allá puro trabajo y es otro tipo de vida. Allá es como dice la canción de los Tigres del Norte, una jaula de oro, una rutina, del trabajo a la casa y de la casa al trabajo. Además ésta es mi tierra, aquí están los míos, hasta mire [señalando al cerro del Culiacán] ese es de aquí (Roberto, 54 años, Victoria de Cortazar).

La cercanía relativa entre México y Estados Unidos marca diferencia en relación con otros flujos migratorios. Por ejemplo, los europeos o los ciudadanos de las repúblicas ex socialistas una vez que llegan a Estados Unidos no vuelven a mirar atrás. En cambio el mexicano aspira a regresar a su tierra natal tan pronto como haya logrado hacerse de un capital, por eso no sienten la necesidad de aprender inglés. Su estancia es vivida como temporal, no importa que permanezcan por años en suelo norteamericano. Así se establecen circuitos de migración–retorno–estancia–migración.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Caillois, R. (1996). *El hombre y lo sagrado*. México: Fondo de Cultura Económica.

Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquest.

Corona, R. y Turain, R. (2008). Magnitud de la migración de mexicanos a Estados Unidos después del año 2000. **Papeles de población**, **14** (57) 9–38.

Durand, J. (1991). **La migración mexicana a Estados Unidos en los años veinte: Una antología**. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Regiones.

Durand, J. (2007). **Braceros: Las miradas mexicana y estadounidense, antología (1945-1964)**. México: Universidad Autónoma de Zacatecas y Miguel Ángel Porrúa.

Durand, J. y Massey, D. (2004). **Crossing the Border: Research from the mexican–migration Project**. New York: Russell Sage Foundation.

Eliade, M. (1998). **Lo sagrado y lo profano**. España: Paidós.

Garavito, R. y Torres, R. (2004). Migración e impacto de las remesas en la económica nacional. **Análisis Económico**, **19** (41) 243–275.

Laplanche, F. (1977) **Voces de la imaginación colectiva: mesianismo, posesión y utopía**. Barcelona: Granica.

Xibillé, C.; Leyva, R.; Caballero, M.; Guerrero, C.; Cuadra, S. y Brnfmán, M. (2004) VIH/SIDA y rechazo a migrantes en contextos fronterizos. **Migración y desarrollo**, (03) 45–53.